

## INTERPRETACIÓN DE PREFERENCIAS E IMITACIÓN

Teresa Bejarano. Universidad de Sevilla

Grice introdujo en la teoría la idea -el truismo, en realidad- de que la interpretación adecuada de las preferencias tiene que ajustarse a las intenciones comunicativas del hablante (o sea, a aquéllas cuyo reconocimiento por el oyente equivale a su cumplimiento): La comunicación así resulta explotar la habilidad -más general- de los seres humanos para atribuirse intenciones uno a otro. Pero en seguida eso llevó a una cuestión ya menos fácil: ¿cómo es posible que uno capte las intenciones del otro? El intento de solución que propuso Grice -el principio de colaboración y las máximas- no es válido. Como Sperber y Wilson han puesto de relieve (1), tiene el defecto de «ser casi enteramente *post facto*. Puede haber para una preferencia numerosas interpretaciones que satisfagan todos los niveles de verdad, informatividad, relevancia y claridad, y los recursos de Grice no lograrán predecir cuál es la adecuada, sino que sólo servirán para justificar aquélla que el sentido común del oyente -o del teórico- haya escogido».

Sperber-Wilson han presentado una alternativa que intenta escapar de la cuestión que hacía naufragar a Grice. A la captación de las intenciones ajenas se llegaría indirectamente o como de rebote, sin que tales intenciones constituyan nunca el criterio de la búsqueda. Se trata de un procedimiento que se ciñe a los procesos mentales propios del oyente, y no tiene que manejar nada ajeno a ellos: escójase -así reza el principio de relevancia de Sperber y Wilson- aquella interpretación que proporcione más rendimiento comunicativo con menos costo -con un menor esfuerzo de procesamiento interpretativo-.

Pues bien, el presente trabajo dedica una breve Primera Parte -apartado previo, quizá sería mejor- a intentar mostrar que el principio de relevancia de Sperber y Wilson no cumple su prevista función (la de ser mero procedimiento, pero, eso sí, operativo y general, para predecir en ausencia del sentido común). Tras eso, nosotros volvemos al punto en que habían quedado las críticas a Grice, y nos preguntamos: *¿cómo sería posible la captación de las intenciones ajenas?*

En la Parte Segunda, proponemos una respuesta que, además de serlo, o sea, además de lograr explicar cómo es posible esa captación cuya

necesidad se ha ido revelando cada vez más claramente, encaja bien con otros hechos, tanto de la recepción lingüística como de capacidades humanas más generales. En las menos palabras posibles, he aquí de qué se trata: *la imitación latente por parte del oyente de la conducta del hablante* -de la conducta verbal de que se trate, pero ésta completa, con su por qué y su para qué- sería un elemento presente en toda interpretación, y en una gran parte de ellas sería la meta u objetivo de una tarea de resolución de problema. La captación de las intenciones ajenas deja así de ser un asunto intratable y pasa a conectar con un campo que, tanto en sus elementos como en sus estadios genéticos, ha sido ya empezado a estudiar. Esta propuesta, sobre todo en el punto de la caracterización de la meta, recoge y prolonga dos sugerencias. Pasamos a mencionarlas ya aquí, antes de desarrollar nada.

Avramides, 1989 (2), al defender un entendimiento de la doctrina griceana en el que ésta ya no exigiera la accesibilidad directa de la mente ajena, hace la precisión de que es la «conducta interpretada o mentalmente infundida» lo que resulta accesible. Esa sugerencia, a mi entender, es perfecta, pero sólo sirve como prólogo para la tarea que hay que realizar. Reformulando, pues, gracias a Avramides la primitiva cuestión, ésta quedará así: ¿Cómo se hace posible que la conducta ajena percibida se nos aparezca como conducta interpretada o mentalmente infundida?

Y ahora podemos echar mano de la segunda de las sugerencias en que nos estamos inspirando. Sánchez de Zavala, 1990 (3) apunta que si ponemos en relación juego simbólico y lenguaje, si establecemos un paralelo entre esas dos capacidades exclusivamente humanas que se empiezan a adquirir hacia la misma edad, eso podría llevarnos a una alternativa a las para él insuficientes soluciones de Grice y de Sperber-Wilson. Pero, a mi entender, en ese trabajo no se escoge bien la cualidad por la que el juego simbólico es interesante a ese respecto. Adhiriéndose a una determinada visión del juego simbólico -una que también he encontrado en Leslie, 1988 (4)-, Sánchez de Zavala se concentra en el asunto, que yo diría casi irrelevante, de la desigualdad entre, p. ej., la escoba sobre la que galopa el niño y el caballo de la escena modelo, y olvida que el verdadero núcleo del juego simbólico es la imitación por el niño de la pauta motora -de la pauta de cabalgar, en el ejemplo-. Piaget, en *La formation du symbole chez l'enfant* presenta al juego simbólico como un resultado de la capacidad de imitación: sería tanto un modo de practicar una pauta motora recién aprendida, como también un medio -no consecuencia, sino todo lo contrario, medio- de conseguir la evocación de la ya no presente escena modelo (conseguiría eso el sujeto a base de repetir lo único que de la escena modelo él

pudo traerse y tener bajo control, o sea, a base de repetir la pauta motora que en esa escena él aprendió). Pero no es sólo la vuelta a las raíces piagetianas lo que hubiera podido mejorar la noción de juego simbólico manejada por Sánchez de Zavala: más cercano al asunto de la interpretación de preferencias queda el trabajo de Wolf y Hicks, 1989 (5), que, al exponer cómo en sus narrativas lúdicas el niño pequeño adopta distintas voces, o sea, imita lo que dirían los distintos personajes, se ocupa justo de aquel juego simbólico que más cercano está a la imitación lingüística latente en que consistiría la tarea del receptor. La reformulación que de la idea de Sánchez de Zavala proponemos aquí estriba, pues, en lo siguiente: la imitación de la conducta del modelo, además de constituir la espina dorsal del juego simbólico, es también el factor clave para la interpretación (6) de preferencias (o mejor, para sus distintos niveles, desde el reconocimiento fonémico al entendimiento de la conducta plena).

I. Empecemos por rechazar algunas críticas injustas que la propuesta de Sperber-Wilson ha recibido. Se ha dicho que, por ser meramente cuantitativa, la definición de la relevancia no haría justicia al significado, cualitativamente caracterizado, que el hablante quiere transmitir. Pero esa acusación así planteada olvida el punto esencial que arguyen Sperber y Wilson: la relevancia que atiende sólo a la cantidad acaba por darnos aquella interpretación, aquel contenido determinado, que el hablante tenía como su intención comunicativa. La propuesta de Sperber y Wilson sale, pues, indemne de ese ataque, pero retengamos aquello en que se ha basado su defensa. Su principio de relevancia es -ha quedado claro- un mero procedimiento para conseguir lo que realmente importa y que según ellos no puede ser conseguido de otro modo, a saber, la intención comunicativa del hablante (7). Pasemos a otra crítica igualmente injusta: «Dado que el principio de relevancia escoge la interpretación con mayor rendimiento comunicativo y menor costo de procesamiento mental, ¿qué es lo que pasará cuando -cosa nada anormal- una interpretación tenga un mayor conjunto de implicaciones contextuales no triviales pero también exija un mayor esfuerzo de procesamiento?» (8) Contra esos críticos, defendiendo todavía a Sperber y Wilson, recordaría el siguiente problema matemático: Dado un triángulo de catetos iguales inscrito en un semicírculo, hállese cuál de las cuerdas paralelas al diámetro, es aquella en la que queda fuera del triángulo una longitud mayor. Pero de ese ejemplo con el que hemos mostrado la posibilidad de un balance parecido al propuesto por Sperber y Wilson, vamos a traernos, eso sí, un dato: El problema matemático es solucionable porque los dos factores, tanto el favorable (ensanchamiento hacia abajo del

círculo) como el desfavorable (ensanchamiento hacia abajo del triángulo) tienen ambos una trayectoria perfectamente calculable.

Ahora podemos ya formular la crítica que nos parece adecuada. El fallo del Principio de Relevancia estriba en que, siendo un procedimiento, no sirve como tal, porque no hay modo de saber *a priori* el grado mayor o menor de esfuerzo que costará el acceder a un contexto. Pero es precisamente *a priori* como tendríamos que conocerlo: para justificaciones *post facto* ya teníamos bastante con las máximas de Grice. Es instructivo en este sentido ver cómo reaccionan Sperber y Wilson cuando rozan el asunto que acabamos de mencionar. «Sobre qué se basan las comparaciones entre costos de procesamiento, qué mecanismos se necesitan para llevarlas a cabo, eso es una cuestión para la investigación empírica. Lo que importa para la teoría pragmática, es la meta. (...) Nosotros decimos que la meta del hablante al producir una preferencia es ser tan relevante como sea posible, y que la meta del oyente es interpretar esa preferencia como satisfaciendo el principio de relevancia» (9). Primer comentario que queremos hacer: Los detalles neurofisiológicos podrán, sí, ser dejados aparte, pero de especificar algún mecanismo de comparación de costos, ¿cómo va a abstenerse una propuesta que a lo que aspira es precisamente a proporcionar un procedimiento predictivo? Segundo comentario: Nótese cómo, para sacudirse la exigencia de dar mecanismos concretos, Sperber y Wilson empiezan ahí a deslizarse fuera de lo que constituía su diseño primitivo, y el procedimiento de la relevancia pasa a ser calificado como meta. El fallo del Principio de relevancia sería, pues, el mismo que ha sido detectado en la propuesta de Anderson sobre los fenómenos cognitivos: véanse, en efecto, las críticas que a Anderson le hicieron Evans (10), Holyoak (11), y Massaro y Friedman (12), todas ellas en el sentido de que la noción de balance óptimo entre ganancia y costo no puede manejarse independientemente de la preocupación por los mecanismos y procesos.

Pero en este punto nos podemos autoobjetar: ¿acaso no hay un mecanismo o proceso bien especificable?, ¿acaso la contigüidad entre las partes del contexto no puede por sí sola -es decir, mecánicamente y antes de toda interpretación de la preferencia- escoger justo aquel único aspecto que sea común a las partes?. Recordemos a ese respecto un fenómeno que se observa dentro del condicionamiento a una palabra generalizado a palabras semánticamente relacionadas: Después de un condicionamiento a «edificio», la audición de un término (ruso) con dos significados diferentes -techo, por un lado, y trompeta, por otro- no provocará la respuesta condicionada en el caso de haber sido precedido por «violín», «tambor»..., pero sí la provocará cuando precedido por «tejado», «pared»... (13). Y también

podemos citar el procesamiento propuesto por Hobbs (14) de la oración «La llanura fue reducida por la erosión a su presente nivel»: en efecto, según ese convincente análisis, el punto que la gama de asociaciones semánticas (o valencias contextuales) de una palabra tiene en común con la por lo demás bastante diferente gama de otra palabra -y de todas las demás- de la oración, ese punto justo, es un pivote crucial para la interpretación, a la vez que un dato hallado mecánicamente, es decir, sin involucrar la interpretación. Ese -concedemos- es un mecanismo utilísimo, y el lenguaje lo aprovecha sin duda cuanto puede. Y en ocasiones, desde luego -volvemos a conceder-, sería factible hallar de ese modo la interpretación adecuada, lo sería, en concreto, en las ocasiones en que, al margen de cualquier auténtica «resolución de problema», un único punto, y éste aprovechable, sea brindado por la contigüidad. Pero en otras ocasiones -y esto es lo que argüimos contra Sperber y Wilson- no pasa así. En mi opinión, muchísimas interpretaciones descansan sobre un dato cuya facilidad de acceso ha dependido, no de la mera asociación por contigüidad de las partes del contexto, sino precisamente de la búsqueda de cualquier cosa que permita -que le permita al oyente- imitar como conducta completa la secuencia verbal del hablante. Pero entonces en esos casos, el rescate del dato adecuado, no sólo deja de contar ya con el procedimiento mecánico, o, lo que es lo mismo, deja de ser susceptible de evaluación independiente de costo: más grave aún que lo anterior es que el modo de ese rescate -modo consistente en una resolución de problema- está ya involucrando aquello que la propuesta toda de Sperber y Wilson pretende hacer aparecer como ajeno al procedimiento y como conseguido sólo indirectamente o como de rebote. Pero si en esos casos es indispensablemente necesario que para el acceso a la interpretación el oyente esté apuntando de modo inmediato a las intenciones ajenas, entonces ¿por qué éstas no van en todos los casos a funcionar como meta directamente buscada? Así, la relevancia meramente cuantitativa no coincidiría con el proceso real de interpretación ni siquiera en aquellos casos en que esa relevancia podría proporcionar la interpretación adecuada.

II. a) En el apartado anterior hemos defendido la idea de que en el proceso de interpretación la interioridad ajena interviene directamente -y no sólo de modo indirecto, como querían Sperber y Wilson-. Ahora, pues, nos toca atender a la cuestión de cómo eso es posible. ¿De qué modo llega el oyente a ponerse en relación con ese elemento que en primera instancia parece tan extraño y esotérico y que, sin embargo, hemos dicho que es necesario para la interpretación de lo observable? Empecemos por presentar

el marco general en que tendr a lugar esa relaci3n con la interioridad ajena.

 C3mo es el proceso de recepci3n de una oraci3n? El estímulo auditivo con todos sus detalles -timbre, intensidad, variantes libres intrafon3micas...- llega al cerebro. Pero con eso  se alcanza acaso ya la pauta fon3mica? Reconocer los fonemas implica haber detectado en el estímulo auditivo el esqueleto motor que lo produce (15). Así pues, la recepci3n ya en el nivel meramente fon3mico implicar a calcular cuál es la interioridad -interioridad cinest3sico-motora, en este caso- ajena que ha dado lugar a lo externo percibido (16). Y para calcular la interioridad ajena, el procedimiento no puede ser otro sino que el receptor vaya escogiendo, puls ndolas latentemente, algunas entre sus propias pautas motoras. Y esa imitaci3n latente que el receptor har a de las pautas motoras del productor, queda -seguimos proponiendo- asignada en la mente del receptor al productor: el receptor, en efecto, tiene claro que esa sarta auditiva, ya complementada con su correspondiente esqueleto fon3mico, es el productor quien la est  ejecutando (17).

Pero, más allá del nivel fon3mico, el papel de la imitaci3n latente continuar a.  C3mo comprende el receptor los d3ficticos no repetibles en eco, es decir, aquéllos cuya referencia cambiar a si pronunciados por el oyente en vez de por el hablante? Es obvio que cuando el hablante dice «yo», o «t », o «detrás de mí»..., el oyente no les asigna a esas palabras el referente que tendr an si fuera él quien las pronunciara. Pero ño ser a mucho más simple y econ3mico su procesamiento receptivo si el receptor pudiera aplicarles justo el mismo significado con que él las emplea cuando las pronuncia? Pues bien, lo que estamos nosotros proponiendo, es decir, la imitaci3n latente por el receptor acompañada por la asignaci3n a su verdadero productor, lograr a con la economía y simplicidad deseadas dar cuenta de la recepci3n de tales palabras (18).

Y bajemos otro nivel. Cuando el receptor ha recibido una unidad sintáctica completa, y tiene que concebir el pensamiento ahí expresado,  qu  hace él entonces sino imitar el pensamiento del hablante, pero asign ndoselo a este hablante, por lo menos mientras decide si asumirlo o no como propio (19)?

Esta sucesi3n de niveles es el marco en que debe, a mi entender, plantearse el problema de la interpretaci3n de oraciones. El oyente recibe una preferencia y ha de calcular cuál es la interioridad de todo tipo que «va con» el estímulo externo que a él le ha llegado. Ha recibido una preferencia, y sabe que la ha producido un determinado hablante en ese momento y lugar y demás circunstancias. La tarea del oyente es calcular cuál interiori-

dad deberá él imitar para a partir de ella poder derivar lo que efectivamente el hablante ha producido.

II.b) Antes de seguir presentando nuestra propuesta, vamos a intercalar aquí algunos comentarios. Primero, acerca de una observación de Dennett, 1991, p. 29: «Nuestra capacidad para *interpretar* (subrayado en el original) las acciones de otros depende de nuestra capacidad -raramente ejercida de manera explícita- para predecirlas» (20). A mi entender, esa afirmación de Dennett puede apuntar en una dirección correcta. Interpretar una conducta sería entenderla, o sea, latentemente imitarla, justo como conducta, es decir, como pauta realizada para modificar de una determinada manera una determinada situación de partida. Y por tanto, cuando ya está realizada la interpretación, interpretar las acciones equivaldrá a predecir esas acciones. Pero esa equivalencia sólo se da cuando -repito- ya esté realizada la interpretación, y *a fortiori* haya ya sido producida la conducta objeto de interpretación. Si a «predecir» no le añadimos esa profundamente modificadora precisión temporal, la formulación de Dennett me parece insostenible (21): predecir una acción es, en efecto, mucho más difícil que interpretarla, y, por tanto, la capacidad para interpretar no puede depender de la capacidad para predecir.

Ante la idea de que el oyente imitaría latentemente toda la conducta del hablante, se piensa en seguida que esa imitación latente no pararía en el nivel de las intenciones comunicativas, es decir, no se contentaría con reconstruir aquellas intenciones del hablante cuyo reconocimiento es también su satisfacción. En un nivel más profundo, cuyo homólogo en la producción sería lo que se ha llamado «subtexto» (22), o también -en Austin- «perlocutivo», el receptor seguiría quizá preguntándose el por qué de esa intención comunicativa del hablante. Pero el que así resulte que nuestra propuesta estaría atribuyendo una condición parcial y abierta al nivel interpretativo lingüístico no es ninguna mala señal, sino todo lo contrario: esa apertura hacia niveles más profundos es algo que todos podemos intuitivamente advertir en nuestras tareas de comprensión lingüística.

Pasando ya al último de estos comentarios previos, precisemos que ese *ponerse en lugar* del hablante no tiene por qué implicar nada parecido a una colaboración armoniosa: Sampson (23), que contra el principio de colaboración de Grice lanza la célebre frase de Adam Smith -«no la benevolencia del carnicero, sino sus intereses...»- puede estar tranquilo. Esa imitación que aquí se está proponiendo, como igualmente la que el espectador hace del personaje de ficción, es distinta del descentramiento (o *role-taking*) de valor moral. En efecto, para que la imitación del hablante por

parte del oyente se produzca, bastan la curiosidad, el deseo de combatir el aburrimiento, y un lúdico placer de la función (sería esto último otra afinidad entre el juego y la interpretación, una que no deja de señalar Sánchez de Zavala, 1990). No es en absoluto indispensable motivación alguna que vaya más allá de lo egósta.

II.c) Pero ya es hora de que atendamos a la cuestión clave. ¿Cómo desde los datos obvios -la preferencia y sus circunstancias- pasa el receptor a la interpretación? ¿Cómo llega a calcular cuál debía ser la interioridad que provocó la conducta observada? El receptor deberá, primero, aprovechar todas las pistas, y en aquellas ocasiones (recuérdese el apartado I) en las que no sea posible llegar mecánicamente a la interpretación adecuada, deberá también realizar una tarea de «resolución de problema».

II.c.1) De pistas no calificamos los datos obvios, sino los elementos que constriñan el abanico de posibles interpretaciones. Acerca de la indiscutible influencia que en ese sentido ejercen los gestos y la entonación, sólo apuntaré a un tipo particular de entonación emotiva, la que corresponde, no a la cualidad triste o alegre de lo narrado, sino al momento argumentativo -conclusión triunfante, concesiva resignada...-, y que se diferencia de otros tipos de entonación emotiva porque sus equivalentes en la escritura son partículas muy especializadas.

Las partículas y marcadores de discurso son naturalmente otras pistas, quizá las más elaboradas. A ese respecto, creo que lo mejor es repetir la descripción que Blakemore (24) ofrece del papel de las partículas «constricciones semánticas de la interpretación». Asimismo el estudio funcional, que esa autora, o también Schiffrin (25) o, dentro de la Pragmática francesa, Anscombe y Ducrot (26), han emprendido, parece una tarea muy necesaria, pues, sobre todo en lo que toca a los límites de aplicación de las distintas partículas (y si «lo importante es la diferencia», son los límites lo importante), esta parcela es, sigue siendo todavía, de las más atrasadas de la Lingüística. Pero lo que aquí más me interesa subrayar es que esas partículas son elementos en principio prescindibles: sin ellas, la interpretación también podría ser alcanzada, pero, eso sí, mediante una mayor dosis de «resolución de problema» para el receptor, correspondiente a una menor restricción de las posibilidades (son prescindibles, pero también es verdad que el idioma empuja a los hablantes a utilizarlas. Así, en el lenguaje las cosas pueden ir bien incluso cuando el hablante no haya alcanzado todavía por completo la capacidad de darse cuenta de que lo que es claro para él puede no resultarles desde fuera. Un buen ejemplo de caren-

cia de esa capacidad es un dato que puede leerse, p. ej., en Arnheim, R. *Arte y percepción visual* cap. «El desarrollo»: Los niños de cinco años a los que se les pide que dibujen el ritmo con que se están dando palmadas -tres seguidas, pausa, otras tres, pausa...- se limitan a seguir ese ritmo en su tarea de dibujar puntitos, pero sin dejar ningún intervalo espacial después de cada grupo de tres).

Podemos mencionar también los indicios que una palabra da acerca de cuál ha de ser su contexto. Goldman, 1975, subrayó cómo una misma pauta básica se vierte semánticamente de diversos modos de acuerdo con cuál sea en cada caso su complemento directo -«eat» para objetos sólidos, «drink», para los líquidos-; y en español, podríamos mencionar el triplete «lavar la ropa», «fregar los platos», «limpiar el suelo». Pues bien, esas estipulaciones idiomáticas que, cuando todos los elementos están explícitos y la función sintáctica de cada uno está inequívocamente expresada, sólo proporcionan redundancia (27) contra el «ruido», pueden llegar a tener una función más importante cuando ello sea necesario: evitarán ambigüedades, además de que en otros casos -pero ya esto desborda lo que en este párrafo se trata- reenfocarán (28) hacia la transmisión de una mayor «densidad» de información esos recursos que en los mensajes normales, o sea, menos creativos, sirven para proporcionar redundancia.

Señalemos también aquellas descripciones que, además de designar unívocamente (unívocamente para el contexto, claro está) su referente, constituyen una pista acerca de la dirección «argumentativa». P. ej., en un texto acerca de la vida de Wittgenstein, la descripción que de él se utiliza cuando llega la hora de hablar del período en que trabajó como jardinero es «el vástago de la ilustre familia».

II.c.2) Pero en muchas ocasiones el conjunto de los datos obvios y de las pistas disponibles no será -ya lo dijimos antes al criticar a Sperber y Wilson- suficiente para conseguir que los datos recuperables por el procedimiento mecánico -o sea, por la mera contigüidad activadora de los rasgos comunes- señalen sólo y exclusivamente hacia la interpretación adecuada. Y para esos casos -proponemos- hace falta que el oyente realice una tarea de «resolución de problema». Así, frente al primer elemento de nuestra propuesta -el de la imitación latente de la interioridad del hablante-, que hemos considerado general, este otro -el de la «resolución de problema»- estará presente sólo en los casos en que sea necesario.

Y ahora por fin, veamos cuál es ahí la situación de partida. El oyente tiene ya asignado al hablante una cierta interioridad -éste está hablando allí, entonces-. Pero esa interioridad asignada no tiene todavía las

precisiones suficientes como para hacer esperar justo esa preferencia. Lo que el oyente observa, o lo que es lo mismo, lo que el hablante realmente produce, no coincide con lo que se podría esperar a partir del diseño de estado interior con que el oyente está imitando la interioridad del hablante. Ese estado interior, para ser fiel al modelo del cual aspira a ser una copia, tendrá que prolongarse de modo que en él aparezcan un por qué y un para qué de justo aquella conducta efectivamente observada. Y aquí podemos invocar el concepto piagetiano de acomodación -la acomodación consiste en ajustar las estructuras mentales de modo que se reduzca la discrepancia entre sucesos observados y expectativas derivadas de las estructuras mentales existentes-.

Ahora bien, la acomodación así definida no abarcaría sólo las tareas de resolución de problema que aquí nos interesan. Con el mismo derecho merecen ese nombre capacidades muy simples del estadio sensoriomotor más primitivo, p. ej., la de modificar una pauta motora haciéndola avanzar, dentro de la panoplia muscular, por aquella dirección que los ensayos previos hayan mostrado que es la adecuada para reducir la discrepancia. Por eso, para compensar ese tan excesivo englobamiento (29), deberíamos decir algo acerca de la frontera interna que separa el tipo de acomodación que llamaremos creativo del no creativo. ¿Qué es lo que subyace a esas dos diferentes cualidades? Sólo se me ocurre una sugerencia lamentablemente vaga. Dejando aparte la acomodación más simple (aquella donde el recurso cuyos efectos coinciden con el modelo observado es un único elemento, uno perteneciente, por tanto, a la panoplia de recursos del sujeto), centrémonos en los tipos de acomodación que necesitan combinar distintos recursos para alcanzar la meta. Esos distintos recursos pueden actuar de dos maneras. En la primera de ellas, meramente se yuxtaponen, porque cada uno de ellos logra por sí solo dejar recorrida una parte del camino, o sea, cada uno de ellos es la respuesta simple a una submeta. En la segunda, que es la que corresponde a la acomodación necesaria para resolver problemas, los recursos habrán de reaccionar y corregirse mutuamente; y ello es porque aquí la complejidad no se limita a que la meta se componga de distintas submetas, cada una de ellas alcanzable por un elemento de la panoplia, sino que la meta que se persigue es una radicalmente carente de correspondencia con los recursos disponibles. En este tipo de acomodaciones, pues, hay que crear un recurso nuevo (30), distinto tanto a cada uno de los recursos poseídos como igualmente a cualquier yuxtaposición de ellos. Y dentro de ese recurso nuevo, los elementos que sirvieron para formarlo no tienen ya estatuto de recursos hacia la meta, pues la conexión inmediata con ésta, o, dicho de otra forma, la funcionalidad biológica directa, se ha perdido; sólo

mediatamente, en cuanto ingredientes que han entrado en la creación del nuevo recurso, es como se relacionan con la meta. Pues bien, es este tipo de acomodación el que, al corresponder a la tarea de resolución de problema, intervendría en los casos de interpretación que involucran esa tarea.

En esos casos, el oyente tiene que concebir, imitándolo latentemente, un estado interior del que se pueda tener la expectación de que dará lugar a la conducta realmente observada. Los datos que ese estado interior ha de cumplir -ser interioridad del hablante, en ese (temporal y textual) momento y lugar-, ya los tiene activados el oyente. Ahora su tarea consistirá en traer de su memoria elementos que junto con tales datos proporcionen aquella unidad nueva de estado interior que él, para así poder imitar la preferencia como conducta completa, quiere conseguir.

El hecho de que la incógnita que el oyente tiene que despejar sea el estado interno en que el hablante debe de encontrarse en ese momento en que está hablando allí a un determinado destinatario, ese hecho, repito, da lugar, pero ahora sin necesidad de más especificaciones, al mismo resultado que tantos estudios pragmáticos explicaban a base de aquella especificación de que las premisas que se rescataran de la memoria habrían de ser de conocimiento mutuo. En efecto, nuestra propuesta determina que los caminos de ideas asociadas a través de los cuales se emprenderá la búsqueda hayan de tener como punto de partida la personalidad y biografía del hablante, o más exactamente, lo que esa personalidad sea en el conocimiento del oyente.

Pero a estas alturas puede asaltarnos el desánimo. ¿Con qué derecho en las páginas anteriores acusamos a Sperber y Wilson de que para una buena parte de las interpretaciones no podían especificar un procedimiento de rescate de los datos adecuados? ¿Acaso la mera pronunciación de los términos «resolución de problemas» es algo mucho mejor? ¿Sabemos realmente cómo se realiza la resolución de problemas? El que tomemos conciencia de estas limitaciones es, desde luego, muy sano. Pero al menos no se nos negará que la nueva tarea que ahora queda pendiente, la de explicar cómo se resuelven problemas, es mucho más general y está siendo abordada desde más frentes. Y, sea lo que se quiera el mal de muchos, la necesidad de muchos, ésta ya sí, puede resultar útil. Quedamos, pues, a la espera de lo que sin duda se conseguirá pronto. De todos modos, como ante un tema tan apasionante no puede uno resistirse a echar a volar la imaginación, intercalaré aquí un párrafo, no para proponer ni sugerir nada -mi ignorancia hace imposibles esas finalidades-, sino sólo para que dé testimonio de que ese asunto, por más que en definitiva me haya limitado a cargarlo sobre hombros ajenos, me inspira una profunda curiosidad.

La tarea -vamos a suponer- consiste en encontrar cuál será el contenido adecuado para rellenar aquel vacío bien perfilado que funciona como meta. El perfil definidor de esa meta, su descripción en uso atributivo a lo Donnellan, es «la interioridad que habrá dado lugar a la conducta verbal del hablante en las circunstancias, textuales y físicas, en cuestión». Una vez planteada así la tarea, se dispararían las asociaciones a partir de los elementos verbales recibidos, pero de ese encendido en todas direcciones no pasaría a conciencia sino aquel elemento en que se diera «fallo en apagarse», *failure to quench* partir de cada elemento de partida habría una ramificación binaria sucesiva de tal modo que en cada paso se apagaría tanto el tronco inmediatamente anterior como, por inhibición lateral, también aquella de las dos ramas en la que haya resultado haber menos peso, o sea, menos afinidad con el molde vacío que está esperando ser llenado. Pero sobre este procedimiento general, ¿cuál sería la añadidura específica para las búsquedas que requieren resolución de problema, o, dicho de otro modo, para las búsquedas creativas? Yo diría que ahí debe ser un factor crucial la corrección de un recurso por otro, o sea, el hacer que un recurso que se haya revelado insuficiente sea completado -completado, y no sustituido- por otro. Y entonces tendríamos que la meta específica de la acomodación creativa podría definirse como aquel recurso, cualquiera que sea, que, ligado a otro que ya se posee pero que se ha revelado insuficiente, ligado, repito, a éste y formando con él una nueva unidad de orden superior, sea capaz de rellenar la meta de la que al principio se partió. Estamos, pues, sugiriendo que lo característico de la búsqueda creativa (y decir eso sería lo mismo que decir lo característico de la inteligencia humana) reside sólo en la capacidad de combinar varias unidades en una unidad de orden superior. En el caso de que la resolución de problema se realice para hallar la interpretación de una preferencia, los recursos completadores de los que habrá que echar mano serán datos almacenados acerca del hablante o de la situación.

II.d) Pero en este punto debemos encarar una posible objeción. Al proponer que en el proceso de interpretación la meta directamente buscada sería la interioridad del hablante, desde el mismo momento en que hemos propuesto eso, no podemos dejar de admitir que en la búsqueda de los datos adecuados tendrán que tenerse en cuenta muchos factores de índole muy variopinta -«a host of factors», como leemos en la crítica de Moore (31) a Sperber y Wilson. Ahora bien, ante esa turba ingente de elementos biográficos, sociológicos y psicológicos que habrían de ser tenidos en cuenta, ¿no se evaporará acaso toda posibilidad de integrar a la pragmática

dentro de la ciencia lingüística? ¿no tendremos que volver a aquella renuncia -«la *parole* no puede ser objeto de ciencia»- que Saussure impuso a la Lingüística? Frente a esos dolorosos pronósticos que parecen derivarse de nuestra propuesta, la relevancia cuantitativa de Sperber y Wilson empieza a despertar cada vez más nuestra nostalgia. ¿Será verdad que, al rechazar esa relevancia, hemos acabado con las esperanzas de que la interpretación de preferencias llegue a ser objeto de una investigación con ambiciones teóricas, y no sólo de una casuística siempre multiplicada y siempre insuficiente?

Lo único que contra esa objeción se nos ocurre es invocar el concepto de «definibilidad interrogativa», que Hintikka, aunque para otros propósitos, está últimamente divulgando. En efecto, este autor recurre a tal noción para sostener que «la intrusión de hechos empíricos dentro de los significados» no es obstáculo para «la posibilidad de una poderosa teoría lógico-semántica de la determinación de la referencia». Y así nos dice -y esto ya será aplicable a nuestro propósito- lo siguiente: «Por mucho que sea verdad que lo que en cada caso se decida dependerá de la clase de respuestas disponibles, y que éstas puede ser escogidas en una irrefrenada variedad, con todo, no es menos verdadero que se puede desarrollar una teoría que es independiente del parámetro que esa tal clase supone. Esa teoría estaría basada en la derivabilidad interrogativa, concepto análogo a -y tan lógico como- el de derivabilidad deductiva» (32). Pues bien, según eso, nuestra propuesta acerca de la interpretación de preferencias podría ser susceptible de esquematización abstracta, no en cuanto a la clase de datos e interpretaciones en cada caso adecuados, pero sí, en cambio, en cuanto a la «sucesión de preguntas» («*Myself*, preguntando, y *Nature* -una parcela de ella- respondiendo») que tendría que emprender el oyente en sus mecanismos neuropsicológicos (33), y a su zaga, el teórico, para llegar a la interpretación adecuada.

III) En este trabajo hemos propuesto que la imitación latente sería el modo como el oyente llega a conectar con las intenciones del hablante. Pues bien, en esta última parte, queremos, por más que sólo sea en plan de «silbidos en la oscuridad», sugerir que, más allá del ámbito de la interpretación de preferencias, la capacidad de imitar intervendría de un modo crucial en la constitución de lo humano. Así, nuestro trabajo, inscribible en principio en el campo de la Pragmática lingüística, se abriría a una perspectiva antropológica.

La imitación, que empieza poniendo juntos los dos resultados perceptivos -el de la acción modelo y el de la acción copia- llega -y es a

partir de este punto cuando se hace realmente interesante- a reconstruir la pauta cinestésico-motora ajena que debe haber dado lugar al resultado percibido. Sabemos que ese cambio se ha producido cuando el sujeto es capaz de imitar movimientos -tocarse la oreja, p. ej.- cuyos resultados no son autoperceptibles en el propio cuerpo. (En las líneas anteriores hemos resumido la descripción que de la génesis de la imitación nos da Piaget). Pues bien, ese grado («terciario», llamémoslo) de imitación tendría derivaciones importantísimas.

Mientras no se imiten sino pautas meramente motoras (o sea, sin significado añadido), mientras la imitación -repto- se limite a eso, el imitador no quedará todavía obligado a asignar la acción modelo a una interioridad radicalmente distinta de la suya, y no tendrán, pues, por qué surgir en él la conciencia del otro y la conciencia del yo. En efecto, la pauta cinestésico-motora remite a un esquema corporal que no es particularmente de nadie, sino que es aplicable por igual a todo un conjunto de individuos. En cambio, cuando la imitación lo es de una conducta verbal que manifiesta un pensamiento que el oyente no puede de ninguna manera asimilar como propio, entonces daría lugar a la ruptura de la interioridad en la conciencia del otro, por un lado, y la conciencia del yo, por otro, y, con ello, también al deseo de modificar (comunicación predicativa) los contenidos mentales ajenos (34).

Pero no sería ésta la única derivación crucial. La imitación terciaria estaría también en la base más primaria de las transmisiones culturales. En efecto, el aprendizaje de combinaciones motoras no innatas sólo puede llegar a ser amplio y fluido si (frente a lo que pasa, p. ej., en los loros) el imitador es capaz de captar el esqueleto motor que subyace al resultado modelo.

¿Hay algún indicio empírico que sea favorable a este trato privilegiado que estamos concediendo a la imitación? La imitación terciaria parece ser un punto en el que en relación con los otros mamíferos la capacidad de los simios -de los chimpancés, sobre todo- se dispara (reconocimiento en el espejo; comprensión de lo que el congénere das su situación y postura percibirá y dejará de percibir). Por otro lado, la particular especialización hemisférica del cerebro humano responde al criterio siguiente: las conductas conformadas por imitación, ya movimientos manuales, (incluso cuando en alguna ocasión forzada se hacen con la mano torpe), ya la vertiente articularia y significativa del lenguaje, en el hemisferio izquierdo, y las no conformadas por imitación, incluyendo la vertiente entonatoria del lenguaje, en el derecho.

Desde luego, esos supuestos indicios sólo servirán si se llega a elaborar realmente la sugerencia apuntada en esta parte III. Pero el presente trabajo sólo es un intento -y bien germinal, ¡ay!, por cierto- de propuesta acerca de la interpretación de preferencias. Lo demás, el añadido de miras antropológicas en que ha consistido esta última parte, no ha tenido -no podía tener- otro propósito que el de hacer más profunda nuestra curiosidad.

## NOTAS

1) Sperber, D. y Wilson, D.: *Relevance: Communication and Cognition*, Blackwell, 1986, p. 37.

2) Avramides, A.: *Meaning and Mind: An examination of a Gricean account of Language*, MIT, 1989, p. 155, 157.

3) Sánchez de Zavala, V.: Conferencia en el Congreso Internacional de Pragmática de Barcelona, 1990.

4) Leslie, A.M.: «Some implications of pretense for mechanisms underlying the child's theory of mind», en Astington, J.W., Harris, P.L., y Olson, D.R. (eds.): *Developing theories of mind*, Cambridge University Press, 1988. Este trabajo se concentra en la desigualdad entre objeto real y objeto pretendido, olvidando la imitación motora tan estudiada por Piaget (olvidándola de tal modo que en p. 29 escribe que «la capacidad para comprender el juego simbólico en otros tiene que ser un misterio inexplicable para quienes, como Piaget, ven en el juego simbólico la creación de símbolos subjetivos y egocéntricos»). Y para dar cuenta de cómo está representada en la mente del niño esa desigualdad, recurre -pero ya en esto no lo sigue Sánchez de Zavala- a la sintaxis innata del *mentalese* de Fodor.

5) Wolf, D. y Hicks, D.: «The Voices within Narratives: The Development of Intertextuality in Young Children's Stories», *Discourse Processes*, 12, 1989, pp. 329-351. Ese trabajo rescata el término *dialoguismo* de Bakhtin, y también el empleo riguroso que éste le daba en la obra sobre Dostoiévski, frente al meramente impresionista, tan sugerente como frustrante, con que aparece en su obra más general.

6) ¿Sólo para la interpretación? Según Sánchez de Zavala, la relación con el juego simbólico entraba en la explicación tanto de la producción como de la recepción. Y también, a mi entender, algo afín al juego simbólico, a saber, la imitación -en concreto, la imitación del acto de habla ajeno- sería decisiva para el acceso a la capacidad tanto de «traer a evocación» como de sintaxis (en definitiva, para la superación del estadio holofrástico). Algo de eso apunté en «Adquisición del lenguaje y Antropología», *Diálogo Filosófico*, 19, 1991, pp. 32-45, y a ello me propongo volver en próximos trabajos: si actos de habla de funcionalidad inmediatamente biológica -y tales son (frente a lo dicho por Sánchez de Zavala, 1990, o frente a la dicotomía propuesta por Grice en «Meaning revisited», en Smith, N.V.,

ed.: *Mutual Knowledge*, Academic Press, 1982, p. 231) las peticiones o llamadas, si esos actos, repito, llegan a perder esa su inmediatez, ello no sucedería sino gracias a la imitación que de ellos haga otro sujeto distinto al hablante original. Pero aquí sería imposible decir nada más, y no sólo por las constricciones de espacio: en efecto, en lo que nosotros propondríamos, la manera como el rasgo afin al juego simbólico interviene en la producción lingüística sería, por más que relacionada, bastante diferente a lo que aquí nos ocupa, es decir, a la manera como lo hace en la recepción.

7) Sperber y Wilson en Smith, N.V. (ed.): *Mutual Knowledge*, Academic Press, 1982, p. 81, 128, 129.

8) Gazdar y Good, en Smith (ed.), 1982, p. 91.

9) Sperber y Wilson en Smith (ed.), 1982, p. 107. Prácticamente un doblete del párrafo citado aparece en el trabajo que publican en Grandy, R. y R. Warner, *Philosophical Grounds of Rationality*, Oxford, 1986, párrafo penúltimo antes de la Conclusión.

10) *Behavioral and Brain Sciences*, 14, 1991, p. 493.

11) *Ibidem*, p. 499.

12) *Ibidem*, p. 500.

13) Luria, A.R.: *Conciencia y lenguaje*, Pablo del Río, 1980, pp. 94-95-96.

14) Hobbs, J.R.: «Interpretation as Abduction», in *Proceedings of the 26th Annual Meeting of the Association for Computational Linguistics*, State Univ. of New York, Buffalo, New York, June 1988, Association for Computational Linguistics apartado 5.2.

15) Como se ve, estamos considerando que el reconocimiento fonémico (categorial) se aplica sobre una previa percepción continua (o discriminante en el interior de las categorías). Esa postura de síntesis, donde ya la teoría de la percepción motora del habla ha perdido la fuerza y la unilateralidad que tenía en sus orígenes (en Liberman, 1957, y hasta, digamos, el año 1970), y donde, en consecuencia, se hace ya justicia al nivel primario y más pasivo de la recepción, ese punto medio entre los extremos, parece ya la única sostenible, sobre todo después del estudio que al libro de Massaro se dedicó en *Behavioral and Brain Sciences* 1989, 12.

16) Así quedaría que la imitación latente involucrada en la interpretación de nivel fonémico sería imitación terciaria, es decir, del tipo que pone juntas dos cosas tan diferentes como lo son una sensación exteroceptiva (visual, o, como en este caso, auditiva) y una sensación cinestésico-motora. Frente a eso, la imitación de los loros sería secundaria, al basarse en la correspondencia sonido/sonido. (Por supuesto, estamos aquí ignorando complicaciones reales -las que introduce el hecho de la retroacción de lo semántico sobre lo fonémico-).

17) Las características individuales del hablante, los rasgos externos de su habla, desde el timbre de voz al acento dialectal, se adhieren en la mente del receptor a aquello que el hablante ha querido comunicar. Esa adherencia, por más que a

veces pueda pesarle al hablante igual que le pesaría un traicionero «leerle entre líneas», es inevitable. Nada importa que una persona pueda en alguna ocasión desear ansiosamente que llegue sólo aquello que ella quiere comunicar. Esa persona tendrá, eso sí, un cierto margen de maniobra, pero muy pequeño, a saber, que ella intente controlar lo más posible esas características suyas. Pero, más allá de las parcelillas que pueda así arañar del campo externo a su control, siempre quedará - esclavitud del ser corpóreo, se rotularía esto en la retórica clásica- el hecho de que lo que un hablante logra comunicar incluye necesariamente una parte que no pertenecía a lo que él internamente se propuso comunicar.

18) En «Acerca de los pares «Hace tres días»/«Tres días antes»», *Contextos* 11, 1988, pp. 63-78, propuse que ese doble paso- imitación latente, por un lado, y asignación al verdadero productor, por otro- daría cuenta tanto de la recepción de los défticos no repetibles en eco, como también de la producción y recepción de «cerca del Polo Sur», antes de la Revolución Francesa», «el papá de Juanito» y demás derivados de défticos.

19) El oyente imitaría el pensamiento expresado por la preferencia, pero asignándose al hablante: así esa información no se incorpora automáticamente al acervo de conocimiento del oyente. Perner, J., en Astington, J.W., Harris, P.L. y Olson, D. R., eds. *Developing theories of mind*, Cambridge U.P., 1988, p. 146, habla de esa cuarentena a la que la información recibida lingüísticamente es sometida como de un *buffer*, o amortiguador, «que permitiría muy pronto al niño (casi tan pronto como él sea capaz de nombrar cosas) rechazar como falsa una información que choque con sus propios conocimientos». Aunque curiosamente Perner, al indagar cómo el niño llega a asignar al otro falsas creencias, sigue centrándose sólo en los casos donde el detentador de la falsa creencia no ha dicho ésta al niño, casos que son mucho más tardíos porque involucran el plus de dificultad que para una asunción de rol representa el hecho de que el personaje con el que hay que identificarse no esté actuando sino que sea sólo el objeto de una narración.

20) Dennett, D.C.: «Real Patterns», *The Journal of Philosophy*, 1991, pp. 27-51.

21) La exageración de Dennett al usar sin precisiones el término «predecir» queda llamativamente clara ante lo que leemos en Sorensen, R. A. «'P, therefore, P' without circularity», *The Journal of Philosophy*, 1991, pp. 245-266. Este -p. 253, y también 249-, ante argumentos del tipo de «La luna es comestible. Luego algún argumento está escrito en tinta negra», afirma que «la caridad exige que se le atribuya al utilizador del argumento una meta que resulte adecuadamente satisfecha». Como se ve, sólo tras un reenderezamiento de última hora, diametralmente opuesto a una «predicción» *tout court* puede ahí el receptor llegar a la interpretación adecuada.

22) Véase Luria, A.R.: *Conciencia y lenguaje*, Pablo del Río. 1980, conferencia XIII.

23) Sampson, G.: «The Economics of Conversation», en Smith, N.V. (ed.) *Mutual Knowledge*, Academic Press, 1982. P. 204.

24) Blakemore, D.: *Semantic Constraints on Relevance*, Oxford, Blackwell, 1987.

25) Schiffrin, D. *Discourse Markers*, Cambridge Univ. Press, 1987.

26) Véase, p. ej., Anscombe, J.C.: «Grammaire traditionnelle et grammaire argumentative de la concession», *Révue Internationale de Philosophie*, 155, 1985, pp. 333-349.

27) Tanto en este párrafo, dedicado a las «parejas semánticas típicas», como en el anterior, acerca de las partículas, como igualmente en el siguiente, en que se trata de las descripciones argumentativamente seleccionadas, en tres distintos campos, pues, hemos topado con la redundancia. Pues bien, una idea que utilizamos en el II.a., a saber, la de que el mirar a los niveles lingüísticos que uno no esté en ese momento estudiando puede ser en ocasiones útil, esa idea, repito, se podría quizá ratificar ahora en relación con este nuevo asunto. En el nivel morfológico, p. ej., las desinencias irregulares constituyen un plus de redundancia que, como un privilegio, se reserva para los verbos más usados. Así, mientras que todos los demás han de contentarse con la forma regular, más económica para la memoria, los verbos fuertes, en cambio, pueden tener un sufijo temporal que no sólo sea indicador de sí mismo, sino que también, colaborando con la raíz, señale de cuál verbo se trata. ¿Puede acaso la historia sola dar cuenta de que se mantenga a lo largo de las generaciones una forma como «anduve»? Si esa anomalía no fuera funcional, ¿cómo el deseo de orden iba a dejar de triunfar, si cada niño se somete a su influjo en la etapa de ultrarregularización, y si montañas de cambios lingüísticos han tenido lugar desde el castellano medieval al nuestro?

28) Los hablantes intuitivamente saben que a todas las frases hechas, sean parejas tópicas del tipo de «titilan las estrellas» y «probo funcionario», sean refranes, se las puede emplear en combinaciones nuevas que desmientan, pero a la vez aprovechen los viejos clisés. Menor redundancia, mayor densidad: Esa idea podría ya se adivina- formularse con un estilo parecido al que presentan el principio de Kolmogorov u otros principios igualmente repetidos por los semióticos.

29) El que ese carácter demasiado englobante tenga que ser contrapesado por distinciones internas, es una necesidad que se siente con particular urgencia, por cierto, desde el interior de la teoría piagetiana. Como Flavell bien puso de relieve, la continuidad del concepto de acomodación choca con ese otro elemento central en Piaget que son los estadios.

Y también se obtiene la misma impresión cuando se atiende al reciente empleo del concepto de acomodación por parte del conexionismo. En efecto, ¿qué es lo que hace que el aprendizaje de uno de los programas PDP (McClelland, J.L. «Parallel distributed processing: implications for cognition and development», en Morris, R.G.M. ed.: *Parallel Distributed Processing: Implications for Psychology and Neurobiology*, Oxford Univ. Press, 1989) no consiga calcar perfectamente los estadios evolutivos del niño y el adolescente en la comprensión de la balanza? Dejando aparte el sesgo de posición izquierda/derecha que el programa puede presentar (sesgo cuya ausencia en los niños se debe seguramente a su experiencia de

movimiento alrededor de los objetos), la gran diferencia estriba en que el programa no alcanza nunca la regla 4, o sea la regla aritmética explícita. Ahora bien, la regla 4 es precisamente la que constituye una solución creativa del problema y la que por tanto no puede conseguirse mediante acomodación simple, o sea, mediante el tipo de acomodación usado por el programa de McClelland.

30) La creatividad que se está enfocando aquí no tiene, pues, nada que ver con cantidades de variaciones, combinaciones y permutaciones, suplementadas o no por el recurso a la recursividad indefinida.

31) Moore, T.: «Comments on Sperber and Wilson's Paper», en Smith, N.V., ed., *Mutual Knowledge*, Academic Press, 1982, p. 112.

32) Hintikka, J.: «Overcoming 'Overcoming Metaphysics Through Logical Analysis of Language' Through Logical Analysis of Language», *Dialectica*, vol. 45, n° 2-3, 1991, pp. 203-218.

33) A esos mecanismos, por cierto, no ha dejado Hintikka de lanzarles alguna mirada de reojo. «Las conceptualizaciones formales han resultado estar mucho más cercanas a la neurociencia real que toda la montaña de bibliografía dedicada a la «epistemología naturalizada'», *ibidem*, p. 209.

34) Eso es lo que intenté tratar en «Sobre la génesis de la conciencia», *Thémata*, 6, 1989, pp. 23-44.